SOBRE LA POLVORA

POR JENARO PRIETO

FOTOS VARGAS ROSAS

No hay escaños ni bancos en la pampa, lo cual hace difícil la meditación, pues, aunque sea triste confesarlo, las especulaciones del espíritu están intimamente ligadas a la comodidad de las asentaderas.

Con perdón de los peripatéticos, no se guarda memoria de filósofo que haya elaborado algo de pie.

Así el hombre que va a la pampa con el avieso propósito de remontarse a la estratósfera de las ideas generales, no tiene otra disyuntiva que sentarse en el suelo — posición harto desmedrada para un pensador — o sobre los sacos de pólvora negra que la compañía, inspirada en un espíritu más dinámico que especulativo, coloca en las proximidades de las faenas.

Desde lejos puede reconocerse la presencia de esas "aposentadurías", — como dicen los cronistas teatrales — en grandes avisos, cartelones blancos, erizados de amenazas y conminaciones para el sedentario: "Peligro". "Se prohibe fumar". "Pólvora negra", etc.

Distraído, pensando en la gravedad de los peligros que aguardan al fumador despreocupado o al analfabeto que, ignorante de la útil advertencia, puede ir a sentarse en tales sacos, he encendido la pipa y me he acercado al alarmante hacinamiento. Es curioso que esos sacos, al parecer tan inofensivos, puedan al contacto de una simple chispa renunciar de pronto a su pasividad, atronar el aire y perderse en las alturas, como un inmenso cohete. ¡Realmente increíble! Es como suponer que un sillón "maple" se va a lanzar de buenas a primeras a dar un salto formidable, sin

objeto práctico, sin razón alguna, sólo por jugar una mala pasada al que se ha sentado en él, confiando precisamente en su lealtad y en sus buenos sentimientos. ¡Imaginarlo sólo parece una infamia! ¡ Y qué bien se está sobre estos sacos negros, modestos en apariencia y, sin embargo, acogedores y mullidos como una poltrona! La sombra misma del cartel, colocado como un biombo a su respaldo, contribuye al "confort" e invita a las divagaciones de la fantasía. ¡En verdad, se está aquí como en la propia casa! El humo azul de la pipa se eleva dulcemente en el cielo purísimo. La pampa finge un paisaje planetario. Acaso esos canales gigantescos que se advierten en Marte, no sean, sino los "rajos", los surcos profundos del planeta, (trabajado antes que la Tierra por el sistema Guggenheim).

No es fácil de describir este desierto. "Figuraos — decía Pérez Zúñiga, tratando de pintar el Sahara — la Puerta del Sol, con muchísimo más sol, pero sin puerta, y tendréis una idea, aunque absolutamente equivocada de lo que es el desierto africano". Este del norte de Chile, es aún más difícil de esbozar. Es una pampa de aspecto adusto y, sin embargo, dada a la paradoja o a la jugarreta, que no contenta con dar de comer al mundo con su esterilidad, gusta con sus espejismos de hacer creer al viajero que tiene inmensos lagos y hasta mares, sólo por procurarse el sádico placer de hacerlo andar inútilmente.

En su atmósfera seca, cargada de electricidad, saltan chispas al más leve contacto. Si se frotan los pies en una alfombra, las manos al estrecharse, producen el chasquido de una minúscula descarga eléctrica. Lo mismo cuentan que pasa con los labios: Los besos dan chispas, aunque los amantes no sean de polos contrarios.

El amor queda reducido así, a una fuerza material y ponderable que no escapa, por lo tanto, a la medida:

—Le dí un beso de tantos "volts" a la Fulana — se puede decir con toda naturalidad.

Y en las noches estivales de la pampa, los enamorados tienen que ocultarse para

En verdad se está aquí como en la propia casa.

¡Cuidado, señor! ¡Cuidado, que está fumando encima de la pólvora!

que no se les descubra por el brillo, como a las luciérnagas.

Cualquier día se va a producir una defunción de novios, provocada por un corto circuito.

Entretanto, sobre el inmenso dorso del desierto, se agita una fauna extraña.

Allí donde no viven ni ratones y donde para los jardines de María Elena y de Pedro de Valdivia ha habido que importar del Sur, no sólo pájaros, sino hasta lagartijas, enormes monstruos esqueléticos, de formas prehistóricas, se mueven con paso tardo y resignado.

Son los engendros de la pesadilla maquinista en que se debate el mundo.

Torres metálicas que arrastran sus "skis" patinando temerosas sobre la caldeada llanura; grúas, que hozan como cerdos y remueven la tierra en busca de la trufa del caliche; palas de anchas fauces dentadas, que engullen piedras a montones para vomitarlas luego en los carros ferroviarios, con un gesto de asco que hace rechinar sus mandíbulas y se extiende, como un escalofrío, por su cuerpo de acero...

A despecho de la tierra hollada por Almagro y de los rostros atezados de los mecánicos que los cabalgan, esos monstruos, nacidos en las usinas norteamericanas, parecen acompañar con música de hierro el pensamiento de Rubén Darío:

"Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen, hay un hondo (temblor,
Que pasa por los vértices gigantes de Los (Andes..."

Sin saber cómo, de las máquinas me he pasado a la poesía.

Una voz me sobresalta:

—¡Cuidado, señor! ¡Cuidado, que está fumando encima de la pólvora!

Con espanto miro los sacos en que estoy sentado. — "Fumamos sobre un volcán", como habría dicho el despreocupado mo-

Jenaro Prieto juega "al judío" en la sombra...

narca francés; — pero otra voz me tranquiliza:

—¡No se mueva, compañero! ¡Un momento! Sonríase... ¡Ya! Listo. ¡Muchas gracias!

Es la voz de Vargas Rozas, el artista de la fotografía, que acaba de tomarme una instantánea.

J. P.

...y después hace un "conejito".